

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

SU UNICO PECADO



KAY FRANCIS - RONALD COLMAN

50

CTS. EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ 10th ARGUMENTO
BARCELONA COMPLETO

PF

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Año II

Pasaje de la Paz, núm. 10 bis
Teléfono 18841. - PARCELONA

N.º 43

SU UNICO PECADO

Interesante producción, inspirada por las líneas inmortales de Ernest Dowson: «Te he sido fiel, Cynara, a mi manera». Basada en el famoso drama «Cynara», de H.

M. Harwood y R. Gore Brown. Adaptada por Lynn Starling y Frances Marion. Intérpretes:

RONALD COLMAN, KAY FRANCIS, PHILLIS BARRY,
HENRI STEPHENSON, VIVA TATTERSALL,
FLORINE MAC KINNEY, GEORGE KIRBY

Dirección de KING VIDOR
Producida por SAMUEL GOLDWYN

Es un film
UNITED ARTISTS

Distribuido por
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 60 y 62
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Su único pecado

Argumento de la película

El famoso abogado James Warlock, muy conocido en la sociedad londinense, se disponía a partir de viaje. Ya todo estaba preparado para aquella marcha hacia otra parte del mundo. Su ayuda de cámara acababa de empaquetar todas sus cosas para llevarlas al vapor.

Antes de cerrar el último maletín, el criado cogió una bella fotografía de mujer que había sobre una mesita y preguntó:

—¿También eso, señor?

—Naturalmente, Merton.

—Bien. Pues ya está. Van a llevarse los baúles... El vapor sale dentro de una hora, señor.

—Váyase. Nos veremos a bordo.

Acababa de marcharse, cuando apareció una bellísima mujer, morena y elegante, fina y espiritual.

Al verla tuvo él un gesto de melancolía.

—Si tardas, no me encuentras ya, Clemency.

—¿Insistes en ir al Sur de África?

—No me queda otro remedio...

—¿Aun crees que no podrás continuar ejerciendo tu carrera aquí?

—No quiero hacerlo solo... Contigo sería diferente.

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

Ella guardó silencio.

—No creas que trato de convencerte para que vuelvas a vivir conmigo. Tu decisión es justa y no te culpo. Y estoy muy agradecido de que hayas venido de lejos para despedirme.

Las manos de ella le acariciaron.

—Jim, quisiera poder comprenderlo todo... Si me contaras todo... más de lo que me has dicho... He tenido que imaginarme el resto.

—Querida mía, he tratado sólo de evitar que sufrieras.

—Muy pronto nos separaremos para siempre. Dímelo todo antes de irte...

—Ya que te empeñas, te contaré la historia... Mira, tuvo principio la noche que te fuiste...

Y comenzó la narración de los hechos que le habían llevado a aquella situación dolorosa.

* * *

Llevaban algunos años casados. Era una unión feliz, no turbada nunca por la más pequeña contrariedad. A Jim se le consideraba, a pesar de su juventud, como uno de los abogados más célebres de Londres, y a Clemency, una mujer hermosa que unía a su belleza un don de espiritualidad.

Cierto día, cuando Jim regresó a su despacho después de haber actuado en la Audiencia, se encontró con Tring, antiguo amigo suyo, hombre viejo y riquísimo, soltero empedernido que esmaltaba su vida de solitario con la variedad de sus aventuras de amor.

Jim saludó a ese hombre frío y superficial, jamás enamorado de nadie, pero siempre tras todas las mujeres.

Le enseñó el regalo que iba a hacer a Clemency, un magnífico "pendentif" de brillantes.

—¡Una preciosidad! —dijo Tring—. ¿Es su cumpleaños?

—No. Mañana cumplimos siete años de casados.

—¿Eres feliz?

—Con toda mi alma.

—Y debes ser más feliz aun por el magnífico discurso que acabas de pronunciar en la Audiencia y por el que te felicito.

—Lo soy más por Clemency.

—¿Es que nunca piensas en tu brillante porvenir? Debías estar orgulloso de ser ya un hombre célebre.

—Lo estoy. Casado siete años y aun amo a mi esposa.

—No me refería a tu felicidad doméstica, sino a tu porvenir. Me preocupa.

—¿Estoy en peligro?

—Temo que sí. Tu vida es muy monótona, muy metódica.

—¿No se te ha ocurrido alguna vez una aventura?

—¿Crees que si me enamoro de la cocinera es suficiente?

—No lo tomes a broma.

—Bueno. Vámonos ya. Y pasa por casa a tomar un "cocktail".

—Con mucho gusto. ¡A la salud del último de los virtuosos!

El abogado regresó a su casa y encontró a los criados arrelando férreamente unos equipajes.

—La señora se va —le informó el ayuda de cámara.

—¿Adónde?

—Creo que ellas se van a Venecia.

—¿Ellas? ¿Quiénes?

—Miss Gorla también, señor.

En aquel momento apareció Gorla, la hermana menor de Clemency, muchachita excesivamente moderna y nerviosa como una ardilla.

—Pero, Gorla —le dijo él en tono de reproche—. ¿Por qué insistes en separarme de mi esposa?

—Clemency quiere venir conmigo. Yo no tengo la culpa.

—¿Y por qué ha decidido ese viaje tan repentinamente?

—Porque quiere "salvarme".

—Ten entendido que tus amoriros ya me están cansando... Apareció Clemency, dulce, deliciosa, angelical.

Advirtió la esposa el gesto de contrariedad que se pintaba en el semblante de Jim, y murmuró:

—¿Te ha dicho Gorla lo del viaje a Venecia?

—Sí. Y tendré que conformarme.

—Es indispensable, Jim.

—Estás perdiendo el tiempo con tu hermana.

—Yo no tengo la culpa de esta riña doméstica —arguyó

Gorla—. Y sabedlo: toda el agua que pasa por Venecia no podrá ahogar mi amor por Freddie.

—¿Y quién es el novio?

—Trabaja en las películas... Y Gorla lo espera con los brazos abiertos.

—Gorla ¿por qué no eres más formal? Esos películeros interesan poco. Se olvidan de las muchachas con facilidad.

—Pues si me olvida, me casaré con el primer policía que encuentre.

—¡Dios ayude a la policía!

Gorla desapareció, y Jim, mientras fumaba un cigarrillo, preguntó a su esposa:

—¿Os vais por mucho tiempo?

—Cuatro semanas.

—¡Qué barbaridad!

—Debes aprovechar esta oportunidad, Jim.

—¿Para qué?

—No sé. Lo que hacen todos...

—¡Qué tonta eres! ¿Pero has olvidado el día de mañana?

Nuestro aniversario. ¿Te gusta este regalo?

Y le mostró el precioso "pendentif".

—¡Qué bonito!

—¡Como tú!

—Eres muy amable y bondadoso, Jim.

—Clemency, amor mío. No te vayas. Deja que ella sufra las consecuencias de su mala cabeza.

—Tengo cierta responsabilidad por lo que pueda sucederle a Gorla. Tú no la perdonarías si ella cometiese una locura. Ahora está enamorada de ese películero y hay que sacarla de su influencia, sea como sea.

Horas después las dos hermanas partían para Venecia. Se despidieron con ternura de Jim.

—Si vieras cómo siento separarme de ti, pero es necesario.

—Has avisado ya a la cocinera para que te prepare la comida?

—No. Me iré a comer con Tring.

—Bien hecho.

—No trabajes mucho, Jim. Y ten cuidado con los autos y cuídate. Y no te olvides de ir de visitas.

El rió.

—Iré a visitar a todas las mujeres que conozco.

Clemency, que tenía en su marido una confianza ciega, contestó:

—Hazlo, amor mío.

El tren salió al fin y Gorla, un poco triste, comentó con su hermana:

—¿Crees que has hecho bien en dejarlo, Clemency? No me gustaría que confiasen así en mí.

—No te preocupes. Nadie confiará en ti.

Y rieron las dos, mientras el tren salía de los andenes.

Y Jim, un poco melancólico, se sintió solo en la gran ciudad.

* * *

Comió con Tring, el calavera elegante y seductor, viejo atildado y pulcro, siempre al amor dispuesto.

Era en un restaurante del centro de la ciudad y había poca gente.

—¿Te gusta este lugar?

—Nunca había oído hablar de él.

—Son pocos los que lo saben.

Les dieron una excelente comida, sazonada con vino de clase superior.

—Sólo de una clase—aconsejó Tring— El secreto de la vida es la concentración. Nunca mezcles tus bebidas ni tus mujeres.

—¿Hablas por experiencia?

—Sí. Y varía cuantas veces quieras, pero en diferentes ocasiones.

En una mesa cercana se hallaban dos muchachas de muy buen parecer.

Modelos de una modista de fama, gozaban una existencia de absoluta libertad fuera de la órbita familiar y con una vida un poco despreocupada y ligera.

Hablaban de cierto pretendiente de una de ellas.

—Pues Bob no es mal chico.

—Un afeminado. Mas parezco yo un hombre con un bombo que él.

—No te creo, Doris.

—¿No? Vas a ver.

Y alegremente, la llamada Doris, cogió un sombrero hongo que estaba sobre una de las sillas y que pertenecía a Jim, y se lo puso con una gracia extraordinaria.

Tring y Jim quedaron sorprendidos ante el gesto audaz de la muchachita, y el primero, con una alegre sonrisa, exclamó, a tiempo que avanzaba hacia ella:

—¡Encantadora!

Doris pareció avergonzarse de lo que acababa de hacer y dejó el sombrero en su sitio.

—¡Perdone! ¿Es suyo?

—Es de mi amigo.

—¿Qué opinará usted de mí?

—Que le cae mejor que a él.

—Estoy avergonzada.

—No tiene la menor importancia.

Volvió Tring al lado de su amigo, quien le preguntó con su acostumbrado aire de distracción:

—¿De qué se trata?

—Una aventura. ¿Quieres que las invite?

—No, por Dios. Son dos chicas respetables.

—Ninguna mujer es respetable hasta que se muere. Vas a ver.

Dirigióse de nuevo al lugar donde ellas estaban y preguntó:

—¿Qué? ¿Esperan ustedes a alguno de sus amigos?

Doris, un poco nerviosa, pues no gustaba de encuentros casuales, replicó:

—No. Nos marchamos pronto. Debemos irnos al teatro.

Pero su amiga Mary, criatura siempre dispuesta a no despedir una invitación, repuso:

—¿Al teatro?

—Entonces, ¿qué les parece si nosotros nos sentásemos con ustedes?

—No tengo inconveniente. ¿Y tú, Doris?

—Como quieras—contestó con gesto desabrido.

—Pues voy en busca de mi amigo. Somos dos personas respetables. Mi amigo es abogado.

—¿Y usted?

—Yo soy viejo. Me llamo Tring.

Corrió en busca de Jim, quien a pesar de su afán de soledad, tuvo que rendirse a la invitación.

Le presentó alegremente.

—Mi amigo, el abogado señor Jim Warlock.

Las dos muchachas le contemplaron largamente. Especialmente a Doris le agrado el aspecto externo de aquel hombre y la seriedad que se reflejaba en su rostro.

—Tengan la bondad de sentarse—dijo Doris.

—El señor Warlock es algo tímido—explicó Tring.

Jim se había sentado al lado de Doris, y Tring junto a la otra amiguita, que le demostraba una simpatía vivísima.

—Hemos tenido suerte en encontrarlas. Celebramos la viudez forzosa de mi amigo.

—¡Oh! ¿Es usted casado?—preguntó Doris.

—Sí.

—¿Hace tiempo?

—Siete años.

—Y en busca de aventuras, ¿no?

Jim rió. Tring apresuróse a explicar:

—No. Ya he dicho que es muy tímido.

—¿Es cierto eso?

—Lo soy.

—Pero no hay que fiarse mucho de los tímidos. Ni de los casados. La semana pasada conocí a otro hombre casado. Parece que hay epidemia. No se llevaba bien con su esposa. Dijo que era fría. Todos dicen lo mismo. ¿Y usted se lleva bien con la suya?

Jim, sonriente ante la verbosidad de aquella criatura que parecía acariciarle con su mirada, contestó:

—Hasta la fecha, sí.

En el mismo establecimiento había una máquina de las denominadas "tragaperras", y un cliente se disgustó y armó de pronto barullo por haber perdido. Ello dió ocasión a que se fijaran en la misma y Doris exclamase:

—¡Oh, me gustaría jugar! Veamos si tenemos suerte.

—Como usted guste, pero le advierto que no soy afortunado.

Jim hizo funcionar la máquina, probaron varias veces y perdieron. Doris exclamó con cierta tristeza:

—Siento mucho que le haya hecho perder.

—No tiene la menor importancia. Probemos de nuevo. A ver...

Pero otra vez perdió, y ya Doris, excusándose con un acento tal de sinceridad que interesó a Jim, no quiso jugar más. Volvieron a la mesa y entre la humareda de los cigarrillos continuó el diálogo.

—¿Viene aquí a menudo? —le preguntó Jim.

—No.

—Vive usted con sus padres, ¿verdad?

—Murieron.

—¡Pobres!

—No vivía con ellos. No eran malos, pero no se podía estar en su compañía.

—Eso le sucede a muchos.

—¿A usted no?...

—No. A mí no me sucede nada. Soy muy monótono.

—No le creo.

Había tal corrección, tal nobleza, tal espiritualidad en el porte y en el trato de Jim, que Doris estaba como deslumbrada. Aquel joven le inspiraba una vivísima simpatía. Cada palabra suya era como un homenaje, como un nuevo motivo de admiración.

Mary y Tring habían vuelto a la máquina a jugar y Doris comentó:

—Parece que nuestros amigos se divierten mutuamente.

—Sí, su amiguita es muy simpática.

—Yo vivo con ella. Trabajamos juntas.

Mary y Tring volvieron, y ella comunicó que había ganado mucho.

—Hemos de hacer algo con el dinero. Vamos a gastárnoslo, ¿no? ¿Qué os parece si fuésemos al cine?

—¡Admirable!

Y salieron todos en dirección a un cine cercano. Pero Jim, a quien aquel encuentro parecía dañar su lealtad con la ausente, intentó excusarse.

—Yo no puedo. Debo marcharme.

—¡No es cierto! —dijo Tring—. Puede venir con nosotros. Su esposa está fuera.

—Venga. Veremos una película que dan ahí en el Empire, de Charles Chaplin.

—Lo siento. Lleva tú a las muchachas, Tring.

—De ninguna manera. Tengo la misión de divertirme y la he de cumplir. Mira, decidiremos con una moneda. Si sale cruz, vendrás.

Tiró la moneda y ya se dió buen trabajo para que saliese... cruz.

Y tuvieron que ir al cine y ver una película de Charlot, que hizo sonreír al famoso abogado.

Después, a la salida y a propuesta de Tring, acompañaron en taxi a las muchachas.

Doris seguía cautivada por el trato fino, pleno de distinción del "gentleman". Y Jim, por su parte, no encontraba todo lo antipática que había pensado al principio a esa muchacha amable, que tenía en el mirar llamas de pasión.

—¿Por qué no entran a tomar una taza de té con nosotras? —dijo Doris.

—No Gracias. ¡Buenas noches! —contestó Jim.

Se despidieron, quedando en volverse a ver algún otro día. Por el camino de regreso, Tring, muy alegramente, se mostró satisfecho del encuentro y ponderó también las excelencias de Doris.

—Qué cuerpo tan bonito el suyo, ¿eh?

Jim contestó con seriedad:

—No me fijé.

—¡Mentiroso!

—De veras. Parece ser inteligente esa Doris... pero... esas chicas no son de nuestra clase y no convienen relaciones con ellas.

—¿Y eso qué importa? Pero, hombre. ¿No te fijaste bien en ella?

Jim no contestó y rompió en varios pedazos una tarjeta que Doris le había dado.

—¿Por qué haces eso?

Contestó con solemnidad, los ojos en la lejanía, camino de Venecia:

—Porque sólo me interesa una mujer: Clemency.

* * *

Allá en Venecia iba Clemency recibiendo cartas del esposo:
Me siento muy triste sin ti. El jueves voy a formar parte del

jurado de un concurso de natación... Me aburriré de lo lindo, pero Tring me ha comprometido a ir. ¡Ojalá pudieras estar tú también!... Tring ocupará tu lugar, pero nadie más que tú podrá ocuparlo en mi corazón.

Jim.

Clemency dió a leer la carta a su hermana.

—Es una bonita carta.

—Pero no es bastante explícito. Me gustaría saber todo lo que él está haciendo.

—Una vida modelo, como siempre.

—¡Nunca nos hemos separado por tanto tiempo!

—No me digas que estás preocupada por Jim.

—Claro que no. Pero es muy atractivo... y muy "humano".

—No tienes razón para desconfiar de tu esposo.

—Ciento. No quiero pensar más en ello.

Y en tanto, Jim Warlock se veía obligado en Londres, instado por su amigo Tring, a hacer de árbitro en un concurso de natación en un aristocrático club.

Se presentaban varias muchachas vestidas con elegantes "maillots" y era preciso elegir entre una de ellas.

Jim Warlock sólo a la fuerza consintió en presidir el jurado. Tenía que aguantar apretones de manos, insistentes saludos, recomendaciones de madres de las muchachas que le pedían "que se acordase de su niña".

—Puede usted afirmar en su discurso de hoy, señor Warlock, que aquí no hay distinción de clases—le dijo el presidente del club.

—¿Mi discurso?—dijo, sorprendido.

—Unas palabras nada más.

—No estoy preparado... Puede que el señor Tring...

—No. Es tu deber—le advirtió su amigo.

—Pero...

—Diga usted también algo acerca de la limpieza. Es un tema que acostumbro predicar siempre a estas chicas—advirtió uno de los profesores de natación.

Tuvo que resignarse Jim a aquel nuevo suplicio. Pero antes, el señor presidente hizo su presentación:

—Damas y caballeros: tengo el gusto de presentar al señor Jim Warlock, quien ha consentido muy bondadosamente en otorgar el primer premio.

Jim habló a continuación. Lanzó antes una terrible mirada

a Tring. Sería la última vez que le obligasen a realizar una cosa así.

—Me faltan palabras para manifestar mi agradecimiento por tan espléndido recibimiento. Para mí es un gran honor encontrarme hoy entre ustedes en un lugar tan limpio y encantador... El premio será otorgado a la joven que tenga el mejor cuerpo, los ojos más brillantes y nade mejor que nadie.

Estalló una gran ovación, y a continuación Jim pasó revista a las diferentes muchachas que iban a tomar parte en el concurso. Se hartó de ver caras bonitas y cuerpos delicados y comentó:

—Comprendo que mi tarea es algo difícil.

—Tenga la seguridad de que será usted justo—le dijo uno de los encargados.

—Trataré.

Y de pronto distinguió entre las concursantes a Doris Lea, aquella muchacha del restaurante.

—¡Usted aquí!

Doris se echó a reír alegremente.

—Sabía que había de venir usted. Me lo dijo un pajarillo.

—Un pajarillo, ¿eh?... ¡Tring! El se lo dijo.

—¡Quizá!

La mirada cordial y encantadora de Doris produjo en el abogado una agradable impresión, haciéndole más soportable la noche.

Las muchachas nadaron en la piscina y Jim tuvo que decidir ya a quién otorgaba el premio. Un solo nombre acudió a sus labios. El de aquella criatura encantadora.

El presidente comunicó la decisión del árbitro. Doris Lea era la vencedora.

Resonó una gran ovación. La joven, aturdida, se presentó ante Jim, quien le ofreció una copa de plata.

Tan emocionada estaba Doris que tropezó y se torció el tobillo. Jim acudió presuroso.

—¿Se ha hecho usted daño?

—¡No, no es nada! Lo malo será que no voy a poder apenas andar.

—No se preocupe. La llevaré en mi auto.

—¿Usted?

Y sus asombrados ojos le acariciaron.

—¡Sí! ¿No quiere?

—¡Ya lo creo!

Y cuando terminó la fiesta, el propio Jim acompañó a su casa a Doris.

La noche de alegría, de bullicio, había trastornado por unas horas la serenidad ya peculiar en el abogado. Aquella chica tan interesante, tan linda y graciosa, parecía alejar la soledad en que había vivido en los últimos tiempos. Y sin dejar de amar a su Clemency, no le pareció del todo desagradable un coloquio, un leve "flirt" con aquella mujercita delicada.

Durante el trayecto, mostróse ella tan cariñosa, tan femenina, que el abogado sintió el hechicero influjo de aquellas cualidades.

Y Jim subió con su amiguita hasta el piso.

—Hágame un poco de compañía, Jim. Encenderé el hogar.

—Gracias.

—¿No le gusta el fuego? A mí me encanta.

La habitación se llenó de luz roja; los leños crepitaron y todo tuvo como una visión familiar. Sentada junto a él, le recordaba a Jim a Clemency y sus ojos se anegaron de emoción.

—¿De veras me creyó la mejor del certamen?

—Ya ve usted que sí.

—Dígame ahora lo que más le gustó de mí.

—Todo.

—Eso quiere decir nada.

—Lo contrario.

—Jim, ¡qué admirable es usted!

Estaban muy juntos: la boca entreabierta y húmeda parecía próxima a besarle. Los ojos femeninos, que la luz roja hacía más apasionados, le asaetaban con delicia... Y Jim sintió aquella influencia. Era hombre, carne y alma, sensible al deseo humano de una mujer bonita... Mas por su mente pasó el concepto del deber y le obligó a levantarse.

—Es tarde ya... Y es preferible que me vaya.

—¿Por qué tan pronto? Quédese un momento más.

—Debo irme.

—¿Ya? ¡Yo que me había hecho la ilusión de que se quedaría mucho tiempo!

Casi se acurrucó en él, y Jim, perdida por un momento toda reflexión, levantó los brazos y estrechó entre ellos a Doris.

El encanto duró un momento... El poder de la razón irguióse sobre la debilidad sentimental.

—Debo irme. Sería peor.

—Por su esposa, ¿verdad?

—Y por usted.

—¿Por mí? Yo le quiero, Jim.

Jim suspiró. También él sentía por aquella criatura una atracción delicada, irresistible. Pero una atracción que había nacido seguramente por la propia soledad en que ahora vivía, y Doris era para él lo que llenaba de modo circunstancial el vacío de su existencia.

—Sí. Por usted, Doris. Nuestra aventura sería sin duda muy bonita, puesto que usted me ama y a mí me agrada usted, pero no podría durar.

—Eso es cosa mía.

—No sabe usted lo que dice.

—No soy una chiquilla. Y no piense mal de mí. Tampoco soy una mujer fácil. Sólo he pecado una vez... No lo quería, pero él era muy bueno conmigo. Y fui suya... La única vez... Después me abandonó...

—¡Pobre Doris! Pero comprenda que yo...

—Que no es usted libre, ¿eh? Me hago cargo. Pero de mí nada tiene usted que temer. He deseado toda mi vida encontrar un hombre como usted. Y al fin lo he hallado. ¡No me dejes ahora, no me dejes!

Halagado en su vanidad y conmovido por el homenaje, él insistió:

—Me agradas, Doris, pero cuando venga mi mujer, la aventura tendrá que terminarse.

—Para entonces no seré ningún estorbo... Déjame ahora soñar...

—¡Doris!

Y pasó la noche en aquella casa... Y Jim se sintió feliz entre los brazos de una criatura amante que prometía amarle mucho... Aventura superficial que pasaría, pero que mientras durase era bonito tener.

* * *

Y la aventura transcurrió alegremente durante varias semanas. Doris le dió por entero su corazón, su voluntad. Era una donación generosa, espontánea de todos sus sentimientos. Amaba hasta la idolatría a aquel hombre y en su sueño de amor creía que eso había de durar siempre.

Tring estaba enterado de aquellos amores y se alegraba de que al fin su amigo se divirtiera... Y Jim era también feliz a su manera. Sin sentir un gran amor por Doris, esa muchacha le gustaba y le estaba agradecido porque contribuía a novelizar un poco la existencia severa y gris de él y a hacerle más llevaderas las horas de abatimiento espiritual, fuera de la órbita de su gran amor, que continuaba simbolizado en Clemency.

Los domingos iban de excursión a las costas vecinas y pasaban horas deliciosas. Luego se recluían en el hogar de ella. Y las horas pasaban con el deslizamiento rápido de toda primavera de amor...

Una tarde en que Jim aparecía como un poco preocupado, Doris le preguntó:

—Te encuentro triste. ¿Va a regresar pronto tu esposa?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos días.

La seguridad de que Clemency iba a volver con su marido abatió a Doris. ¿Sería posible que todo se desvaneciese y nada quedara de aquellas horas?

A la otra tarde, Doris le interrogó de nuevo:

—Dime. ¿Es bonita?

—¿Quién?

—¡Tu esposa!

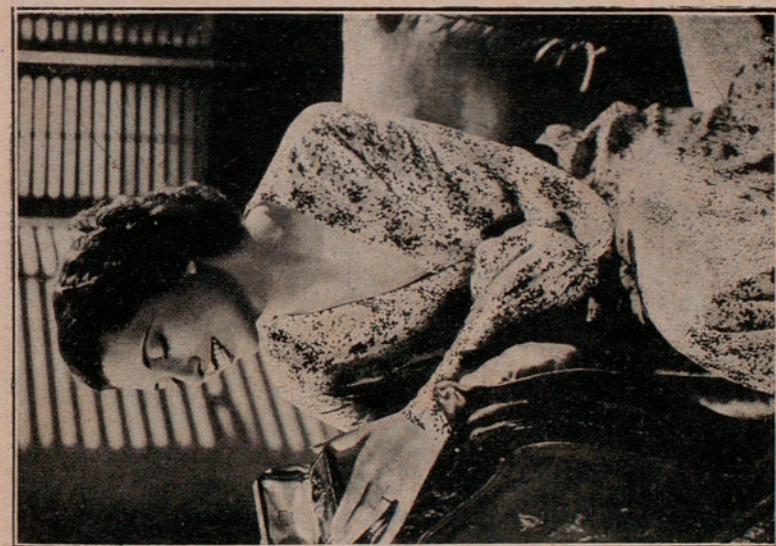
—¡Oh! ¡Es muy hermosa!

—¿Más que yo?

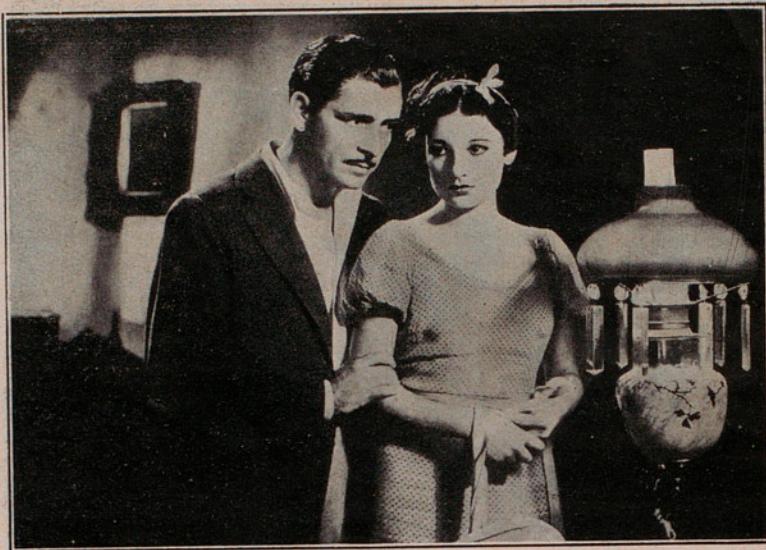
—Ella... ella es diferente.



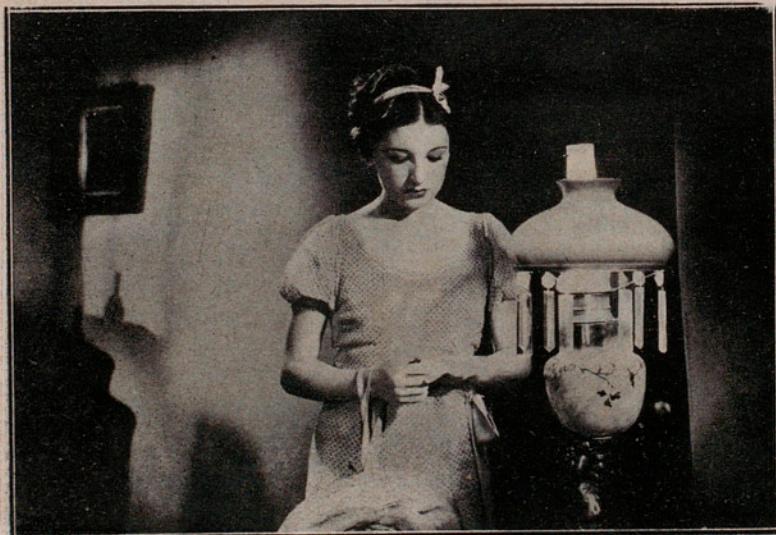
Era una unión feliz, no turbada nunca por la más pequeña contrariedad.



—No debiste haberlo comprado. ¡Qué bonito!



—Me molesta que critiques a Clemency...



Las lágrimas apuntaban en su rostro.



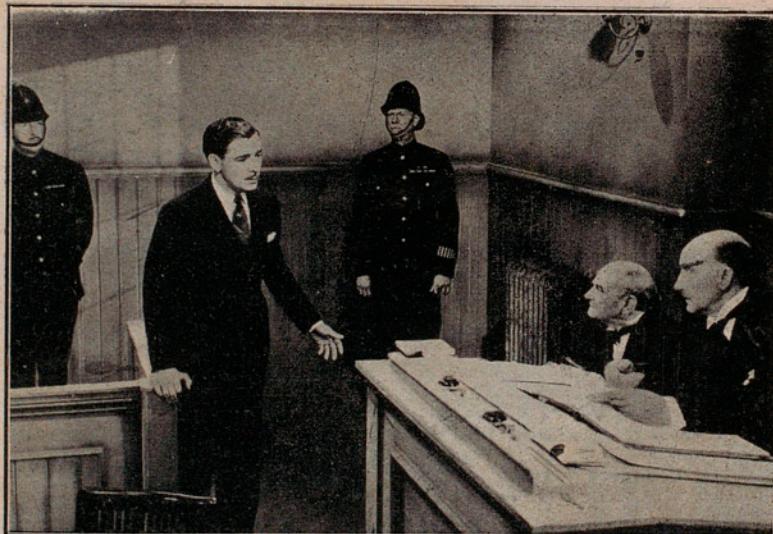
—Pensamos casarnos...



—Sucedió tan pronto marchaste.



—Murió hoy. Se envenenó.



—¿Y por qué rompió con ella?

—Eso mismo dijiste de mí. ¿Recuerdas?

—Sí, pero dejemos eso. Me molesta que critiques a Clemency. ¿No comprendes que ella forma parte de mi vida?

—Pero yo también lo soy, ¿verdad?

—Sí, querida mía— dijo, disponiéndose a marchar.

—¿Te vas ya? ¿Volverás mañana?

Una sonrisa de ironía cruzó por él.

—¿Mañana? ¡Quizás no!... ¡Y quizás nunca más!

—¡Oh, Jim! ¿Serías tan cruel?

Las lágrimas apuntaban en su rostro. Pero Jim, a quien la noticia de la inmediata llegada de la esposa debilitaba su pasión por Doris, dijo severamente:

—Creo has olvidado...

—Sé lo que tratas de insinuar. Que prometí no reprocharte cuando tuviéramos que separarnos.

—Nada ha cambiado.

—Sí, Jim, todo ha cambiado. En este tiempo te he amado más de lo que yo suponía. Te amo, tú no lo sabes aún bien... Prefiero la muerte a pensar que no volveré a verte.

Había en sus palabras tal energía, que él tuvo miedo.

—Jamás vuelvas a hablar así, ¿entiendes? ¡Jamás!

Luego le dió un beso y partió... Y Doris se echó a llorar como si ya comenzase a sentir la frialdad de todo desamor.

* * *

A la noche siguiente, cuando Jim regresó a su casa, se encontró con la grata sorpresa de que las viajeras habían vuelto ya...

Iba a subir al cuarto de su esposa, cuando apareció Gorla, sonriendo alegremente, y acompañada de un oficial del ejército italiano.

—Jim, quiero presentarte a Mario di Portico. Nos conocimos en Venecia.

Apretáronse las manos en franca efusión. El oficial, a quien ella miraba devotamente, dijo:

—Su esposa ha hablado tanto de usted que ya lo conocía sin haberlo visto.

—Pensamos casarnos, ¿no sabes? —explicó Gorla.

—¡Me alegra!

—Seremos como tú y Clemency... ¿Recuerdas cómo me burlaba antes de vuestra felicidad?... Pues nosotros seremos tan felices, leales y cariñosos como vosotros... Pero no te detenemos más. Vete a ver a Clemency que está arriba esperándote...

—Ya nos veremos luego.

Y Jim, un poco preocupado, fué a la habitación de su mujercita.

Al encontrarse ante Clemency la abrazó con pasión, con verdadero amor.

Pasados los primeros transportes, ella le dijo:

—Si vieras cómo me alegra de encontrarme en mi hogar de nuevo! ¿Te hice falta, Jimmy?

—¡Qué pregunta!

—Quería regresar antes, pero el pretendiente de Gorla estaba a punto de declararle su amor y no quise que por mí lo perdiera ella.

—¿Es cosa formal?

—Ah, sí! Gorla ha sentado la cabeza. Es otra mujer.

—Lo celebro.

—Y cuéntame todo, señor solterón —dijo riendo—. ¿Se ha portado bien contigo la cocinera?

—No la molesté mucho. Solía comer fuera muy a menudo.

—En el club?

—Sí...

—Te has divertido mucho?

—Regular...

—Cuéntame... cuéntame.

—¡Oh!, ya te lo escribí todo. Escribí más que tú

—No lo niego, tunante, pero no decías nada...

—¿Qué iba a decirte? La vida es aquí monótona.

—Mucho trabajo?

—Bastante.

—¿Cómo me encuentras?

—Como siempre: encantadora. La misma cara... y la misma esposa.

Jim no sabía mentir, y el pensar que había sido infiel a aquella criatura tan leal, tan noble, le disgustaba. Ella, acos-

tumbrada a leer con diafinidad en el pensamiento de su esposo, creyó advertir en él como unas nubes de preocupación.

Jim deseó cambiar de conversación, inquieto por otras cuestiones que tenía que aclarar de un momento a otro.

—Cuéntame del novio de Gorla.

—Es un hallazgo: un chico de todas prendas.

—¿Mejor que el peliculero?

—Claro que sí. Al menos éste es un buen partido.

—Es eso lo que ella quiere.

—Toda mujer desea que su esposo sea amable, fiel y protector. La desconfianza irrita.

—Es verdad!

—Un ejemplo —dijo ella con la mayor naturalidad—. Supongamos que desconfías de mí.

—¿De tí?

—Supongamos que dudabas de que yo había ido a Venecia... que no fui allí por Gorla.

—No se me ocurrió.

—¿Ves? Precisamente es por eso que somos felices. ¿Verdad que no pensaste nunca en el riesgo de que yo, por no tenerme a mi lado, coqueteara con otros?

—No... no lo pensé.

—Eres muy confiado!

—¿Es que debo dudar de tí?

—No, pero no debes creer que soy incapaz de ello. ¿Te crees que no inspiro aún pasiones? Pude haber aceptado muchas ofertas indiscretas. Pero no quise. No me interesaban.

Aquel diálogo irritaba a Jim, estableciendo un contraste entre su actitud de hombre débil y la de su esposa, que había sabido resistir a todas las voces de la atracción.

—¿Por qué las rehusaste?

—Me crees capaz de haberte engañado?

—Bromeaba. Perdóname.

En aquel momento llamaron al teléfono y Jim se puso al aparato.

La voz que le hablaba era la de Doris. ¿Cómo se atrevía aquella mujer?

—¡Oh!, ¿eres tú?... Dije que no... Te avisaré... No es seguro... No, imposible... Ella llegó esta noche. Quizás... Lo veremos... Lo siento... Buenas noches... Voy a acostarme...

Dejó el teléfono y miró a su mujer que le miraba interrogadora,

—Hay una fiesta en Chelsets—explicó—y quieren saber si voy.

—¿Por qué no vas?

—No puedo... Tengo cartas que escribir.

Clemency le contemplaba con cierta emoción. Confusamente adivinaba algo misterioso, algo raro en aquella conducta.

De pronto, él preguntó con extraña entonación:

—Desearía hablarte de una cosa, Clemency.

—¿Es importante?

—Debes saberlo. Sucedió tan pronto marchaste.

Clemency se estremeció. Las sospechas que apenas osaban penetrar en su mente, comenzaba a perfilarse. ¡Dios mío! ¿Qué le ocurriría a Jim? ¿Habría cometido acaso alguna infidelidad?

—Bien. Habla.

—Pues mira... Es algo acerca de las acciones de cobre que te compré.

Puso en sus manos un documento.

—Eres un chiquillo, Jim. Ya hablaremos mañana de eso.

—Es que están casi perdidas...

—No me preocupan. ¡Anda, vete a escribir!

Jim se alejó pesaroso. Y ella quedó inquieta, pensando en que sin duda a Jim le ocurría algo de interés personal muy íntimo y grave.

* * *

Doris volvió a llamarle citándole con una impaciencia desesperada. Y Jim, que quería romper ya definitivamente con aquella mujer, cerrando el paréntesis de frivolidad abierto en su vida, aceptó ir a verla por última vez.

—Tengo que marcharme en seguida, Doris.

—¿Vas a dejarme sola esta noche?

—Tengo que hacer. Y ya te dije por teléfono que no vuelvas a llamar más.

—Hace tres días que no te veo, Jim.

Su voz era de dulce súplica y de honda tristeza.

Jim, malhumorado, indicó:

—Me será difícil verte en lo sucesivo.

—¡Te quiero mucho! Te necesito más que nunca. ¿No sabes? Acaban de despedirme de la casa de modas. Decían que no ponía atención en mi trabajo. Y la modista tiene razón. No puedo trabajar pensando en ti.

—Yo no puedo hacer ya nada por ti, Doris.

—Te quiero, Jim, no me abandones. Tu esposa no tiene por qué saber nuestro amor. Si lo ignora, no sufrirá. Ven todos los días un rato. Nos haríamos la ilusión de que éramos marido y mujer...

—Pero y mi esposa, ¿crees tú que no sospecharía?

—Podrías disculparte.

—Con mentiras nada más.

—Si me amases, nada te importaría hacerlo. No quiero que me abandones.

—Te advertí que nuestra aventura era pasajera. Tú lo sabías.

—Sí, lo sé. No puedo remediarlo.

—Me prometiste...

—Te lo prometí sin saber lo que hacía... ¿Tratas de insinuar que jamás volveré a verte?

—No quise insinuar eso, pero no será igual que antes. Te veré cuando pueda. Adiós.

Ella, llorosa, le tendió la mano.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Mañana?

—Mañana no.

—¿El miércoles, entonces?

—Quizás.

—Estaré aquí a las cinco.

—Trataré de no faltar.

Pero había tanta frialdad en aquellas palabras que ella comprendió que lo había perdido para siempre. Y Jim agregó aún:

—No llores, tontuela. Dentro de media hora me habrás olvidado. ¡Ojalá no te hubiera conocido!

—¡Oh!, ¿tú dices eso? ¡Tú!

Jim quiso mitigar la frase imprudente.

—Lo dije sin pensar... Has sido una bendición para mí.
¡Me hiciste feliz, Doris, y jamás te olvidaré!

Le dió un rápido beso y abandonó la casa, mientras por la imaginación de Doris pasaba la línea segura de un abandono definitivo.

* * *

Cuando Jim regresó a casa, sintió casi remordimiento de lo que había hecho. Pero al propio tiempo comprendió el peligro de que durasen aquellos amores que podrían llegar a oídos de Clemency.

¡Pobre Doris! Sí, le estaría siempre agradecido por su buen corazón, por su generosidad. Pero quiso evitar verla de nuevo y el miércoles le escribió una carta de despedida.

...ya que hemos llegado a un acuerdo, no sé por qué he de volver a verte. Estoy seguro que es mucho mejor que no nos encontremos. Cuanto antes rompamos será preferible para ambos. Quiero que seas feliz. Eres mucho más joven que yo, y, por lo tanto, podrás olvidarme antes de que yo pueda olvidar a tan hermosa criatura.

Entregó la carta a un criado Jim, ordenando que fuera a entregarla personalmente. En tal tarea le sorprendió su amigo Tring, a quien comunicó la decisión que había tomado.

—Cuando se quiere, se considera, y creo que ella se hará cargo.

—¡Ah!, ¿pero llamas consideración decirle a una mujer que no la quieres más? Es lo mismo que acariciar a una res en víspera de la ejecución.

—Sí, pero ella sabía que no duraría. Estaba de acuerdo.

—No lo dudo. Pero no se puede creer todo lo que dicen las mujeres.

Apareció Clemency, y tras un rato de conversación, el viejo amigo se retiró.

Procuró Jim mostrarse más afable que nunca con su mujer,

pero ésta adivinaba desde su regreso un cierto nerviosismo en el modo de ser de Jim, como si algo muy grave le preocupase. No era la simple cuestión de las acciones de cobre. Algo más fuerte y trascendental. ¿No habría alguna mujer por medio? Pero no se atrevía a preguntar.

Acordaron aquella noche ir a cenar al Claridge y mientras ella se arreglaba para vestirse. Jim recibió una visita que le causó profunda contrariedad: la de Mary, la íntima amiga de Doris.

—¿Usted aquí? ¿Está enferma Doris?

—Poco le importa a usted que Doris esté enferma o no. No, no lo está.

—¿Le dijo Doris que viniera a verme?

—No. Me dijo que si venía, no me hablaría más.

—¿Qué desea usted entonces? —agregó irritado.

—Hoy es miércoles. Prometió usted verla hoy y no fué.

—No se lo prometí. Y le escribí diciéndole que era imposible.

—Oh, claro! ¿Por qué ha de preocuparse por una sencilla obrera?

—Si esto es todo lo que ha de decirme... váyase.

—No tengo prisa.

—Bien, ¿qué es de Doris? La han despedido, ¿no? Tengo dinero a su disposición.

—Dinero, ¿eh?...

—Eso mismo. Veo clara la combinación. Ella no quiere sacar la cabeza y la hace venir a usted para que me pida dinero. Pues bien, se lo daré. Pero no quiero discutir más.

—Y si yo se lo dijera a su esposa?

Decidido a acabar de una vez, contestó:

—La encontrará arriba.

—Se lo diré.

—No pienso impedirlo.

Mary hizo un gesto de cansancio.

—¿Por qué la persiguió? Ella era feliz sin usted.

—Tengo yo responsabilidad?

Un criado anunció que un agente de policía deseaba verle.

—¿Qué desea ese señor? —preguntó Jim.

—No lo dijo. Quiere hablar con usted.

Entró el agente, y detrás de él Clemency, a quien había sorprendido profundamente la noticia de la visita.

El agente habló:

—¿Conoce usted a la señorita Doris Lea?
 —¿Por qué me lo pregunta?
 —Encontramos una carta suya en su casa.
 —¿Y qué?
 —Le sorprenderá saber que la joven ha muerto?
 —Muerto?
 —Sí. Murió hoy. Se envenenó.

Abatido, Jim dejóse caer en un sillón... ¡Oh, aquella criatura! ¿Por qué había cometido tal locura? ¿Por qué? ¿Tanto, tanto le había amado?

Mary lloró también amargamente mientras el asombro se retrataba en las facciones de Clemency.

El agente se despidió después de entregar una citación a Jim para que compareciese a declarar, y Mary partió también, sin fuerzas para proseguir el diálogo, ya inútil.

Clemency, nerviosa, preguntó lo que había ocurrido, pero Jim negóse rotundamente a confesar la verdad, manifestando que se trataba sólo de una cliente que se había suicidado por contrariedad de la vida. Pero la actitud de él era de tal abatimiento que Clemency no lo creyó.

Mas, a pesar de sus indagaciones, encontróse con el silencio sospechoso, melancólico y acusador de él. Y la idea de que su marido la engañaba tomó ya intensa vida en su pensamiento.

* * *

Días después celebróse ante un Jurado la vista para determinar qué responsabilidades podían derivarse por el suicidio de Doris.

Una gran muchedumbre se aglomeraba en la sala de la Audiencia haciendo casi imposible por su criterio la continuación del acto.

Mary había declarado acusando concretamente a Jim de ser el culpable moral de la muerte de Doris.

Llamado a declarar Jim, se produjo un movimiento de ex-

pectación. Jim, sereno aparentemente, se dispuso, después de prestar juramento, a contestar a las preguntas del Tribunal.

—¿Usted conocía a la víctima?
 —Sí.
 —¿Puede usted explicar la causa de su muerte?
 —La ignoro.
 —¿Le dió usted algún motivo para que se suicidara?
 —Le dije que no volvería a verla.
 —¿Qué dijo ella al oírle?
 —Se disgustó.
 —¿Y por qué rompió con ella?
 —Prefiero no contestar...
 —Insisto en la pregunta.
 Vaciló Jim, pero acabó contestando:
 —Por mi esposa.
 —¡Oh!, ¿es usted casado?
 —Sí.
 —¿Lo sabía la joven?
 —Sí.
 —¿Quizás se lo dijo usted al romper con ella! ¡Ah! ¿No sabe usted que todo casado que induce a otra mujer a quererle, comete una indiscreción? ¿No lo cree así?
 —Ahora sí.
 —Algo tarde.
 —Le dijó usted a Doris que se veía forzado a romper con ella y luego prometió usted verla otro día. Y faltó usted a su palabra.

—Tuve que acompañar a mi esposa. No pude hablar con Doris por teléfono y le mandé aquella carta explicándoselo todo...

Una señora que formaba parte del Jurado intervino:

—Soy madre y me interesa aclarar otro punto. ¿Había tenido la infeliz relaciones con otro hombre, antes de aceptar sus proposiciones?

Jim se estremeció. Vaciló. Había jurado decir la verdad... ¿pero no iba a lanzar a la faz pública del mundo un velo de deshonor sobre Doris? Hasta aquel momento ella aparecía como seducida, como víctima, y tenía todas las simpatías de la opinión. Bastaría que él dijese que Doris había tenido otro amante para que el nombre de ella quedara manchado en el fango. Eso último significaba la rehabilitación de él, pues es

cosa distinta vivir con una mujer que ya fué de otros, que engañar a una cándida virgen.

Mas Jim era por encima de todo un caballero en quien el culto a la mujer era sagrado. Y generosamente se dispuso a enaltecer la memoria de la muerta. Salvaría la honra de Doris...

—No. Ella no había mantenido relaciones con nadie más.

Estas palabras agravaron su situación y el presidente del tribunal resumió el debate:

—No hay duda que el señor Warlock la sedujo... Y Doris, al verse abandonada, prefirió la muerte a verse obligada a vivir despreciada por todos. Y, por lo tanto, nadie más que él es el culpable de su muerte. Desgraciadamente, no hay una ley que pueda castigar su infame conducta... Pero hay una sanción moral que en ese caso incapacita a Jim Warlock para poder ejercer dignamente su carrera y tener un trato con la sociedad de Londres.

Y así terminó la vista, con aquella censura gravísima que envolvía a Jim en un aislamiento definitivo.

Jim, sereno, había mentido para salvar el honor de una mujer a la que no amaba, pero a la que le debía la gratitud de unas horas, de unos días de felicidad...

Clemency había asistido, oculta entre el público, a la sesión del Tribunal: Sus ojos estaban llenos de lágrimas. La actitud de su marido le parecía doblemente pecaminosa... y tomó la inapelable decisión de separarse de él.

* * *

Descalificado públicamente, Jim no tenía otro remedio que marchar de Londres. Iba a partir para África del Sur, donde se establecería. Su esposa se había separado de él, herida en su dignidad y manchada por el escándalo que rodeaba el nombre del abogado.

Mas ahora, en el momento en que él iba a partir, se presentaba Clemency para rogarle le explicara todo lo sucedido.

Y él, llanamente, le había contado los orígenes y desarrollo de la aventura que, como tantas otras, fáciles al parecer, tienen una derivación de dolor.

Miró a su mujer, que le había estado oyendo atentamente, y comentó:

—Esa descalificación moral pesa sobre mí como un plomo.

—¿Ya quién sino a ti mismo has de dar la culpa? Ella era una muchacha honrada. ¿No fuiste tú el único?

A su esposa, a la compañera adorada ya se lo podía confesar todo.

—No, no fui el único. Hubo otro hombre antes que yo.

—¿Por qué no lo dijiste? ¿Por qué?

—Quería respetar la memoria de esa mujer.

—¿Y te sacrificaste por una mujer a la que me aseguras no querías?

Bajó la cabeza.

—La quería.

—¿Cómo?

—Sólo me queda la sinceridad y no tengo por qué mentir... La quise a mi manera... pero la quise.

Clemency, pálida, murmuró:

—¿La viste después de mi regreso?

—No pude.

—¿Por mí? ¿Es que me querías acaso?

—Ella no me cambió. Pero a ella la amé en un tiempo en que me encontraba aislado... y a ti te amé toda la vida.

—¡No te creo!—murmuró, despechada—. La has adorado con locura y por ella has sacrificado hasta tu honor. Todo lo arriesgaste por Doris: nuestra felicidad, nuestro porvenir... todo por ella.

—Siento no haber pensado lo que hacía.

Ella se puso en pie, fría y desdeñosa.

—No niego que los consejos de Tring son interesantes, pero algo peligrosos cuando se ponen en práctica.

—Mi confesión ha sido inútil... Pero si hubieras conocido a esa mujer, habrías comprendido mi situación, Clemency.

Jim consultó su reloj y agregó:

—Es hora de marcharme.

Ella se estremeció y murmuró con melancolía, pues, a pesar de todo, sentía aún amor por su esposo:

—Iré a despedirte.

—No. Prefiero que nos despidamos aquí.

—Como tú quieras.

Estrechó fríamente su mano.

—¡Adiós, Clemency! Doris pagó caro su pecado y yo he pagado parte del mío. No puedo seguir viviendo pensando a cada instante en mi vergonzoso proceder. ¡Adiós!

—¡Adiós, Jim!

Le vió salir, y a no ser por su orgullo le hubiera llamado otra vez para decirle que le amaba y le perdonaba su infidelidad.

* * *

Se disponía también a marcharse cuando entró Tring que la saludó muy alegremente.

—Estaba en Roma cuando recibí un telegrama de Jim comunicándome que marchaba para África del Sur. ¿He llegado tarde para despedirle?

—Tiene tiempo—le contestó con frialdad—. Le encontrará usted en el vapor. Falta media hora aún para zarpar.

—Ya lo sé. Lo he visto salir hace un momento. Pero quería hablar con usted.

—Nada tenemos que hablar.

—Me compara usted con Mefisto, ¿verdad? ¿Me cree usted responsable de lo sucedido?

—¿Quién sino usted?

—De cierto modo. Yo fui el primero que hablé con aquella chiquilla. Confieso que cometí una imprudencia. Pero ¿por qué da usted tanta importancia a lo pasado? Al fin y al cabo, somos juguetes del destino y no hay más que rendirnos a sus golpes.

—Dice usted que no ha ocurrido nada? ¡Es el colmo! Antes era Jim un famoso abogado... y ahora es un cualquiera.

—Pues yo lo aprecio más. Es un hombre que ha sufrido... y, por lo tanto, más humano. Lo prefiero a como era.

—Poco le preocupa a usted que nuestra felicidad haya desaparecido.

—Mi querida amiga, no me juzgue mal. Nunca aumenté el significado de los actos humanos.

—¿Trata de insinuar que no tengo derecho a quejarme?

—No. Cada cual tiene sus opiniones. Pero la reputación de un hombre no cambia con una aventura casual.

—¿Casual? ¡La mujer se mató!

—Fué una tonta ¿Por qué hay que tomar las cosas a la tremenda? Ella faltó a la promesa de terminar la aventura, como había prometido, sin causar daño a nadie, pero no lo hizo. Puede decirse que la única y verdadera víctima es Jim, que por una debilidad perdonable se encontró engarzado en una aventura y para salvar la memoria de una mujer, no ha vacilado en sacrificar su carrera y su porvenir.

—Y sacrificarme a mí.

—A usted la quiere... la quiere con locura. Es lo que dice el poeta: "Te he sido fiel... a mi manera". Sí; aún en las horas de mayor intimidad con la otra, el recuerdo de usted vivió siempre en su corazón. Pero Jim fué tan generoso que se ha sacrificado hasta lo último por la muerta.

Ella guardó silencio. Sus ojos tenían lágrimas. Y Tring continuó con amable voz:

—¿Y de veras ha pensado usted en separarse de él para siempre?

—¡Quién sabe! El puede volver de África o ir yo allí con el tiempo...

—¿Eso cree usted? Mire... Haga un poco uso de su imaginación.

—¿De mi imaginación?

—Sí. Supongamos que no le volvemos a ver nunca más. Supongamos que nunca volverá de África...

—¡Oh, no... no se matará! ¡No!

—¡Quién sabe!

—El no es cobarde para matarse.

—No es cobarde, pero podría haber otra razón que le instase a alejarse de la vida. ¿No comprende usted? El la quiere, la adora. Al perderla definitivamente a usted... lo pierde todo... y tal vez su única paz sea ya la muerte... ¿Y será usted cruel hasta ese extremo? ¡Oh!, yo quisiera que se le grabaran en el

corazón estas palabras: "No le volveré a ver más. No le volveré a ver más". ¿Las puede aceptar con resignación?

Clemency dió un grito.

—¡Basta, Tring, basta! ¡Es verdad! Acaso yo le empuje a la muerte. ¡Yo le quiero! ¡Yo le quiero! Voy a buscarle al vapor...

Tring estrechó sus manos, conmovido. Por fin en su vida de hombre licencioso había una obra de corazón.

* * *

El vapor partía una hora después, pero Jim no iba ya solo. Su esposa estaba con él, su Clemency, que le había perdonado su pecado, su único pecado.

FIN

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Caballistas del Oeste	0'15 pta.
Aventuras Film.	0'15 »
Cowboys y detectives	0'15 »
La Novela Cinematográfica del Hogar. 0'30 »	
El film de hoy	0'30 »
Éxitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Ediciones Especiales	1"— »

Ediciones BISTAGNE - GARANTIA DE EXITO

Números publicados:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Bárbara Stanwyck, Adolphe Menjou, etc.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon, etc.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Mural,

PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, etc.

MARIDO INFIEL, por Fritz Schulz, Paul Horbiger y Lucie Engisch.

CON EL FRAC DE OTRO, por W. Haines y D. Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Marie Glory.

ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.

EL DORADO OESTE, por George O'Brien.

ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett, Ben Lyon, etc.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron, etc.

SU GRAN SACRIFICIO por Richard Barthelmess, etc.

TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.

TRES RUBIAS, por Joan Blondell, Ina Claire, Madge Evans, Lowell Sherman, David Manners, etc.

ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy.

AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, Oscar Marion, etc.

DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, etc.

LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.

NADA MAS QUE UN GIGOLÓ, por William Haines, Irene Purcell, María Alba, etc.

LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, Constance Cummings, etc.

LA DAMA AZUL, por Joseline Gael, André Baugé, etc.

AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.

EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman, Fay Wray, etc.

CARAS FALSAS, Lowell Sherman, Peggy Shannon, etc.

PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, Leslie Howard, etc.

POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Maricn Davies y Clark Gable.

VIDAS INTIMAS, por Robert Montgomery, Norma Shearer

HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, Lawrence Gray, etc.

SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers, James Dunn, etc.

LA PELIRROJA, por Jean Harlow, Lewis Stone, etc.

TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.

LA FLOR DE HAWAI, por Maria Eggerith, etc.

¡A CASARSE, MUCHACHAS!, por Renate Muller, etc.

CON PASION, por Fernand Gravey, Florelle Barón, etc.

TRES VIDAS DE MUJER, por Warren William, etc.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

LA MELODIA PROHIBIDA
por José Mojica, Conchita Montenegro, etc.

El primer derecho de un hijo
por Ertha Tiele, Erne Morena, etc.

CANCION DE ORIENTE
por Ramón Novarro, Helen Hayes, etc.

La amargura del general Yen
por Nils Asther, Bárbara Stanwick, etc.

BOLICHE
por Irusta, Fugazot y Demare, etc.

La vida privada de Enrique VIII
por Charles Laughton, Robert Bonat, etc.

FRA DIAVOLO
por Stan Laurel, Oliver Hardy, etc.

EL PADRINO IDEAL
por Annabella y Jean Murat.

EL JUDIO ERRANTE
por Conrad Veidt, Peggy Ashcroft, etc.

EL HIJO DE LA PARROQUIA
por Dickie Moore, William Boyd, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

;No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

E. B.